

Los villancicos de Huéscar.

(Breve noticia sobre los maestros de capilla de Santa María)

Gonzalo PULIDO CASTILLO

Según la acertada definición de Germán Tejerizo, villancicos barrocos son "aquellos poemas, generalmente anónimos y de estilo popular, con variadas estructuras métricas repartidas en un número indeterminado de estrofas, que se compusieron para ser cantados en iglesias y monasterios durante los oficios de maitines de diferentes festividades religiosas". Así pues, villancico es un tipo de canción religiosa en lengua vulgar para cantar en determinados actos litúrgicos.

La obligación de componer y preparar la interpretación de los villancicos correspondía al maestro de capilla de cada iglesia, director del conjunto de voces, del grupo de instrumentos (órgano, violines, trompas, clarinetes, a veces chirimías, etc.) y del coro de seises.

Aunque el estudio de este aspecto de la cultura española ha estado muy abandonado hasta fechas recientes, conocemos ya nombres y obras de muchos maestros de capilla, especialmente del siglo XVIII. Para profundizar en este tema pueden verse las obras de Antonio Martín Moreno y de Germán Tejerizo Robles, así como del P. López Calo.

Cansados ya de comprobar cómo la lejanía física de Huéscar sigue siendo también lejanía cultural, queremos dar a conocer en este breve y apresurado trabajo una aproximación a los villancicos oscenses, algunos de los cuales se siguen interpretando actualmente, y Dios quiera que por mucho tiempo, en la festividad del Corpus.

Tenemos pocos datos anteriores a 1769, año en que el maestro Carmona comienza su andadura musical en la capilla de la iglesia colegiata de Santa María la Mayor de Huéscar. Algunos nombres sueltos son: Francisco Rodríguez de Acuña (cantor, 1592), Lucas de Guzmán (sochantre, 1604), Alonso de Cantos (músico, 1611), Juan Aznar (músico, 1613), Francisco Muñoz (maestro de capilla, 1626), etc.

A mediados del siglo XVIII era maestro de capilla el murciano (de Totana, según unos documentos, o de Lorca, según otros) don Pedro Navarro Orzaéz casado en 1734 con una castrileña y muerto en agosto de 1776. Fue enterrado en la iglesia de Santiago, en Huéscar. Tal vez haya alguna obra suya en algún desván del pueblo, pero por ahora no conozco ninguna.

Y tras don Pedro Navarro llegamos a la importancia figura de don José Miguel Carmona, cuya vida profesional se dilata hasta los años 20 del siglo XIX.

El maestro Carmona, de quien desconozco fecha y lugar de nacimiento y muerte, había sido, según dice él mismo en un documento del archivo parroquial de

Orce, muchos años organista de la parroquia auxiliar de san Lorenzo de Cádiz y de la colegial de Nuestro Salvador de Granada. Se presentó a cinco oposiciones: Catedral de Granada, Capilla Real de Granada, colegiatas de Osuna y Lorca, y parroquia de Caravaca de la Cruz (Murcia), obteniendo casi siempre el segundo lugar.

Posiblemente consiguió las oposiciones que se debieron convocar tras la jubilación o incapacidad del citado Pedro Navarro, siete u ocho años antes de su muerte, ocurrida en 1776, como ya se ha dicho. El caso es que en 1769 Carmona compuso los villancicos al Santísimo Sacramento y a la Virgen.

Su trayectoria siguió ininterrumpida hasta la Guerra de la Independencia (no se conserva nada de los años 1810, 1811 y 1813) y luego sigue con intermitencias hasta 1820-21 en que su rastro desaparece.

Naturalmente, y como era costumbre en todas las capillas musicales, muchas de las partituras interpretadas no eran originales del maestro titular, sino que procedían de préstamos o intercambios entre iglesias. También existían otros compositores, algunos oscenses, que escribían esporádicamente para la capilla parroquial. Citemos algunos: Antonio José Jaén (un poco mayor que Carmona), Simón Arroyal (que luego sustituyó a Carmona, tras su muerte o jubilación), Alfonso de Mora (natural de Totana), José García Zamora (de Caravaca), fray Vicente Valencia (de Granada), Monzón, Tornel, Osete, Moreno, Luis Escudero, Soler, José Samaranch y Ramoneda, y Jaime Balius y Villa, el excelente maestro de la catedral de Córdoba.

Conocemos por ahora unos cuatrocientos villancicos de José Miguel Carmona, aparte de misas, rosarios, motetes, letanías, lamentaciones, etc. Una obra ingente que deberá ser estudiada por su valor intrínseco y por lo que aporta al conocimiento del pasado cultural oscense. Cerca de la mitad de esos villancicos están dedicados al Santísimo Sacramento, les siguen los de Navidad, y, ya con menor número de títulos, a la Virgen, de Reyes y a Santos.

Veamos y algunos ejemplos de los textos, si no completos, al menos fragmentados:

Uno de 1770, dedicado a la Virgen, empieza con un romancillo de sabor clásico:

Salgan las flores
al prado ameno,
de olores bellos,
y con guirnaldas
hagan obsequio
a la princesa
de tierra y cielo.

Otro, navideño, de 1779, en el que destacan las contraposiciones y paradojas:

Se muestra manso cordero
de Judá el fuerte león,
flaco el Todopoderoso,
pobre el más rico señor.

En un triste desamparo
se halla el común Salvador,
y en una suma indigencia
el más franco bienhechor.

Con los hijos de los hombres
sus gratas delicias son,
y ellos pagan con ofensas
tan sublime distinción.

Dueño adorado,
no llores, no,
que ya se ablanda
mi corazón.

Dame, pues eres
luciente sol,
contra mi hielo
sagrado ardor.

Un villancico de Navidad, sin fecha, cómico y esdrújulo:

Un pretendiente músico,
en el diciembre áspero,
marcha a Belén, intrépido,
solo como un espárrago.
En infusión de éctico,
triste, amarillo y lánguido,
va, aunque con pasos trémulos,
ligero como un pájaro.
Con una hambre máxima
quiere llenar buscándolo
del breve cuerpo mísero
los uterinos ámbitos.
Por forrar el estómago,
en lo ligero sátiro,
corre como si dándole
fuera detrás un látigo.

...

Tan roto y desnudo
que nunca me mudo
manteo y sotana,

hambrientos de lana,
segundo Zaqueo,
de verte el deseo
me trae a Belén.
Mas no me convides,
pues si mi hambre mides
verás que es tan fiera
que aquí me comiera,
Señor, sin empachos,
migas y gazpachos,
caldero y sartén.

Y, por último, damos uno completo. Tampoco lleva fecha de composición. Está dedicado al Santísimo Sacramento.

Alegre el arroyuelo
al prado se adalanta,
porque con él la planta
alienta su verdor.
Así, buscando ansioso
su vida, ser y aliento,
feliz al Sacramento
camina el corazón.

Tras la desaparición de Carmona llegó la decadencia. Los siguientes maestros de capilla, si es que los hubo, se limitaron a repetir o adaptar las composiciones del glorioso período anterior. Hacia 1830 fueron dejándose de componer villancicos en todas las iglesias de España. La tradición musical de varios siglos parecía víctima de los nuevos tiempos, de la desamortización de bienes eclesiásticos y del propio agotamiento artístico producido por la fosilización de los esquemas literarios y musicales de los villancicos.

Y, sin embargo, en 1829 nació en Huéscar quien daría un renovado impulso a esta tradición: don Juan María Guerrero de la Plaza.

Fue nombrado maestro de capilla en 1852 y organista titular en 1857. A lo largo de una dilatada vida profesional, el maestro Guerrero, que además fue secretario del Ayuntamiento oscense y apreciable poeta, compuso gran número de villancicos, aparte de misas, novenas, así como adaptaciones de obras profanas.

A su inspiración pertenecen los villancicos que se interpretan actualmente en la festividad del Corpus, en las novenas de San Antón, de la Virgen de los Dolores y de las Santas Patronas Alodia y Nunilón, que cada año son interpretados por la Capilla Parroquial de Santa María, llamada en su honor Capilla Parroquial "Juan María Guerrero de la Plaza".

La música de Guerrero es heredera directa del neoclasicismo dieciochesco y de la música teatral de la época, muy influida por el italianismo de óperas y pri-

meras zarzuelas. La dulzura de sus sentimentales melodías habla directamente al corazón con expresividad romántica.

En cuanto al aspecto literario, los versos de Guerrero no son tan contenidos y clásicos como los de los villancicos de Carmona, aunque sí son parejos en religiosidad y en profundidad teológica, así como en soltura métrica y riqueza de vocabulario.

Veamos algunos fragmentos de villancicos:

Un dúo al Nacimiento, de 1865:

En mísero establo
de un viejo portal
se aduerme entre pajas
un tierno rapaz;
más puro es su aliento
que el aura del mar,
y viene a los hombres
rendido a salvar.

Un aria de bajo al Santísimo, de 1869:

Desde la empinada cima
del Sinaí bendecido
habla a su pueblo escogido
el potente Jehová.
A su voz precede el rayo
y el estampido del trueno,
e Israel todo lleno
de temor postrado está.

Sube el Verbo humanizado
del monte Tabor la altura
y su faz se transfigura
en glorioso resplandor.
Y al escuchar del Eterno
la voz terrible y potente,
los discípulos su frente
humillan con gran temor.

Y, por último, un cuarteto al Nacimiento, de 1854:

Como la leche de la cordera
que salta y trisca por la pradera,
y cual la rosa del valle umbroso,
así es tu cara, Niño gracioso.



Tierno infante,
dulce amante,
bello hechizo
de mi amor,
no te alejes,
no me dejes
ni un instante
tú, Señor.

En los prados
sombreados
la serrana
te esperó
cual sencillo
cabritillo
cuya madre
se perdió.

Juan María Guerrero, el último eslabón de una tradición centenaria, pero viva y creadora, murió en 1912.

Después de su desaparición, como había pasado tras la del maestro Carmo-
na, llegó la decadencia. La tradición se petrificó, enferma de rutina y falta de
sangre nueva; las viejas melodías fueron cayendo en el olvido, y los versos que
les servían de apoyo se perdieron en una noche sin posible aurora.

Pero aún hoy, en la mañana del Corpus y en la tarde de la Octava, cuando
suenan los pocos villancicos que han sobrevivido de la obra de Guerrero, viejos
restos del tiempo muerto, el corazón de los oscenses se emociona y tiembla. La
voz de Cipriano, el armonio de Samuel, los sones de la Capilla Parroquial, se
funden con el aroma de las hierbas olorosas, de las velas, del incienso, enmarca-
do todo en la bellísima luz de la primavera oscense. Y suena la canción:

Duerme, feliz criatura,
duerme en los brazos
de tu Creador,
que Él en la noche oscura
los fuertes lazos
da de su amor.
Duerme bajo el amparo
fuerte y seguro
de su poder,
que Él es luciente faro,
perenne muro,
ser de tu ser.

Y el pueblo entero, apiñado junto a la carroza donde Dios Sacramentado
se muestra en la filigrana de la Torrecilla, canta en devoto acto de fe, entre esca-
lofríos de emoción, lágrimas de nostalgia y recuerdos que no quieren morir:

Cuando extiende sus alas
la noche triste, la noche triste,
el alma del ateo
luto se viste, luto se viste.

BIBLIOGRAFÍA.

Aunque ningún autor oscense aparece en ellos, son muy útiles para conocer la música de esos tiempos y para la historia de los villancicos y de sus autores, los siguientes títulos:

- MARTÍN MORENO, Antonio: Historia de la música española, tomo 4.º: Siglo XVIII. Colección Alianza Música. Alianza Editorial. Madrid 1985.

- Historia de la música andaluza. Biblioteca de la Cultura andaluza, tomo 30. Editoriales Andaluzas Unidas. Sevilla 1985.

- TEJERIZO ROBLES, Germán: Villancicos barrocos en la Capilla Real de Granada. Junta de Andalucía. Editoriales Andaluzas Unidas. Sevilla 1989.

APÉNDICE.

Textos completos de los villancicos de Juan María Guerrero que aún se cantan.

DUERME, FELIZ CRIATURA (1874)

Duerme, feliz criatura,
duerme en los brazos
de tu Creador,
que Él en la noche oscura
los fuertes lazos
da de su amor.
No desoigas su acento
que te convida
a un gran festín
en que da de alimento
su cuerpo y vida,
a El mismo, en fin.
Duerme bajo el amparo
fuerte y seguro
de su poder,
que El es luciente faro,
perenne muro,
ser de tu ser.
Duerme bajo el amparo
fuerte y seguro
de su poder.

Cuando extiende sus alas
la noche triste,
el alma del ateo
luto se viste,
que en su miopía
no ve tras las tinieblas
la luz del día.

Cuando anegan las almas
mares de hieles,
sólo ostentan su calma
los pechos fieles,
que sus espíritus,
tras las tinieblas densas
ven lo infinito.

AMOR ES LA FUENTE

Amor es la fuente perenne de vida
que tiene en sus venas la inmensa creación.
Él es de la mano de Dios bendecida,
de todos los dones el más rico don.

Amor es la savia del árbol, que ofrece
maduros sus frutos de rico sabor.
Amor es el trino del ave, a quien mece
el aura su nido con leve rumor.

Amor el rugido de fiera terrible
que guarda a sus hijos de audaz cazador.
Amor la ternura de madre sensible
que guarda a los suyos de pena y dolor.

Amor es la ley que al mundo gobierna,
amor la armonía, amor la atracción.
Y de estos amores la hoguera arde eterna
de Dios en el grande sin par corazón.

ESTROFAS Y CORO AL SANTÍSIMO.

A aquel de quien el sol recibe el fuego
que vivifica la creación entera,
su inquebrantable ley la inmensa esfera,
los campos su verdor, su puro riego,

venid, venid con santa y fervida alegría
a ensalzar y a alabar en este día.

A aquel que formó al hombre de la nada,
dotándole de un alma inteligente
destinada a gozar eternamente
las delicias del justo en su morada,

venid, venid...

A aquel que hizo las flores y las aves,
los colores, la luz y los sonidos,
los frutos regalados y escogidos,
la miel, la leche al paladar suave,

venid, venid...

HIMNO AL SANTÍSIMO

Desde la austral región de los polos,
de eternal cristalina blancura,
a los campos de opaca verdura
de la fértil región tropical,

no hay un ser que no cante en su idioma
hacia el cielo elevando su frente,
en concierto armonioso y potente,
un hosanna al Creador eternal.

Desde el hombre, señor de lo creado,
hecho a imagen de un Dios infinito,
hasta aquel diminuto zoofito
de que consta el rosado coral,

no hay un ser que no cante...